

L'ERA DE LES INCERTESES

Articles de la Revista TEMAS

Març 2010

A continuació us oferim una selecció d'articles de la revista *TEMAS para el debate* del mes de març de 2010, que tenia com a element central l'anàlisi de les incerteses de la societat actual en diversos àmbits: laboral, econòmic, polític, quotidià...

En concret, hi trobareu:

- 0 – Editorial
- 1 – La era de las incertidumbres
- 2 – Las crisis convergentes
- 3 – Incertidumbres laborales
- 4 – Incertidumbre y política
- 5 – La incertidumbre de los medios
- 6 – La incertidumbre en la vida cotidiana

La era de las incertidumbres y las posibilidades del futuro

Los análisis sociológicos están detectando signos de inquietud e incertidumbre entre la opinión pública ante el discurrir social. En poco tiempo la fe en el progreso histórico y la conciencia de unos avances continuos, que se inauguró prácticamente con la Revolución Francesa, está siendo sustituida por actitudes de preocupación que se hacen más patentes en coyunturas de crisis económica y de desorientación política, como las que se están viviendo en nuestros días.

La forma en la que se generan tales estados de ánimo, y la manera en la que pueden influir en el devenir político y económico, en momentos en los que la confianza y la credibilidad son variables fundamentales, debiera ser una cuestión de atención preferente en el análisis político. Pero esto no ha sido así en los últimos años y, de manera similar a lo que ocurría en la célebre fábula de la hormiga y la cigarra, es harto probable que en los próximos años tengamos que pagar las consecuencias de un largo período de despreocupación, de minusvaloración de las necesidades de seguridad y de fallos en las capacidades de pronóstico y previsión. Es posible, en este sentido, que al igual que en los libros de historia se califica peyorativamente al período anterior a la Gran Depresión como los “felicis años veinte”, en un futuro se hable en el mismo sentido de los “despreocupados” años noventa del siglo XX y la primera década del siglo XXI.

Frente al aumento de los factores de inseguridad e incertidumbre que afectan a muchas personas, la izquierda tiene que recuperar las propuestas que priorizan el empleo y la calidad de vida.

Lo paradójico de la situación actual es que la revolución tecnológica, la extensión de la democracia y otros indicadores sociales y políticos han permitido avances incuestionables, que es preciso reconocer, y que nos han llevado ante un horizonte de grandes potencialidades, situando a la humanidad en condiciones de poder hacer frente con éxito a carencias y problemas inveterados. Sin

embargo, el enorme potencial de crecimiento económico y de desarrollo científico-tecnológico no siempre se está traduciendo en un paralelo progreso social y político. El actual ensanchamiento de las brechas sociales está teniendo lugar en un contexto en el que los progresos y la riqueza de los más privilegiados coinciden —escandalosamente— con la pobreza, el hambre y las carencias extremas de cientos de millones de seres humanos. La falta de atención a estos problemas, el déficit de políticas efectivas de diseminación de las capacidades de crecimiento y las insuficiencias de articulación democrática nos pueden conducir, pues, a una situación complicada.

Una vez fracasado estrepitosamente el paradigma neoliberal, e incumplidas la mayor parte de las promesas formuladas, se plantea la necesidad de anticipar nuevos futuros posibles, de aclarar hacia dónde podemos ir y hacia dónde queremos ir y de diseñar escenarios que permitan definir opciones alternativas y debatir y adoptar decisiones. De ahí también la necesidad de implicar más a los ciudadanos en la construcción del futuro, recuperando la fe en el progreso y la confianza en la política y en las instituciones. Pero, lamentablemente, mucho de lo que es preciso hacer y plantear no se está haciendo. Y, precisamente ahora, en coyunturas de crisis económica, se constatan más nítidamente los fallos de previsión y las carencias políticas y de integración social, de forma que

a la actual crisis económica se están uniendo las crisis políticas y una más general crisis de confianza social.

Muchos expertos, y una buena parte de la opinión pública, contemplan el presente y el futuro inmediato de nuestras sociedades en términos de incertidumbres, conflictos culturales y tenden-

cias al enclaustramiento socio-cultural en aquellos grupos primarios capaces de suscitar más fuertes identidades, con nuevos fenómenos de anomia, aislamiento, rechazo social y exclusión.

Las previsiones de futuro apuntan hacia una crisis de algunos de los ámbitos sociales básicos, influida por las actuales tendencias hacia una globalización que está

alumbrando un nuevo espacio del "hacer social" —real y efectivo— que en ocasiones resulta demasiado amplio e inabarcable para los seres humanos. El nuevo "nicho ecológico" —físico y cibernético— tiende a verse como una realidad que en muchos aspectos está más allá de las posibilidades de ser influida, abarcada, conducida o rectificada. Lo que da lugar a la difusión de una cierta "conciencia social impotente" y un mayor retraimiento hacia lo privado: el hogar, el grupo de amigos, las personas de la misma edad, del mismo género, etc. Mientras tanto, la sociedad "exterior", incluso en los espacios más inmediatos, aparece como un ámbito social más hostil y abocado hacia la inseguridad (violencia, delincuencia, terrorismos, etc.).

Millones de personas esperan la voz y el aliento de una izquierda que sea capaz de generar esperanza en un mundo mejor y más solidario, evitando que la era de las incertidumbres se convierta en la era de los miedos y las claudicaciones.

Especialmente destacada es la preocupación por el deterioro de los equilibrios ecológicos. Preocupación que presenta diferentes facetas (contaminación atmosférica, polución de las aguas, proliferación de residuos contaminantes, efecto invernadero, alteraciones climáticas, agotamiento de recursos, etc.) y que conforma, junto al hambre, la crisis del trabajo, el aumento de las desigualdades y los problemas de la violencia y la inseguridad ciudadana, los seis grandes problemas de futuro que más preocupan en estos momentos a la opinión pública, amén de la preocupación general por el terrorismo y los riesgos de enfrentamientos armados.

El hecho de que la mayor parte de las tendencias emergentes estén perfiladas con mayor nitidez e intensidad entre las nuevas generaciones hace que adquieran una dimensión más prevalente como tendencias fuertes de futuro. Por ello, hay que entender que en estos momentos nos encontramos en un punto álgido de cambio hacia nuevas formas de conformación social. Y los jóvenes son uno de los sectores que en mayor grado está acusando, y padeciendo, el impacto de las nuevas circunstancias, desarrollando y encarnando también en mayor grado los contenidos potenciales de tales sociedades.

Los estudios prospectivos permiten dibujar varias tendencias de futuro que apuntan hacia una globalización "desgobernada", a un aumento de las desigualdades

y las migraciones, a problemas energéticos y de escasez de materias primas y a tensiones conectadas con las crisis económicas y los desplazamientos de los actuales centros de gravedad del poder económico.

Los problemas de empleo, las inseguridades económicas que sufren bastante familias, las dificultades de muchos jóvenes para acceder a la vivienda y el empleo y el debilitamiento de las políticas propias del Estado de Bienestar están dando lugar a un aumento de las sensaciones de incertidumbre.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, bajo el impulso de las políticas socialdemócratas, parecía que las sociedades occidentales se estaban encaminando definitivamente hacia la superación de algunas de las principales vivencias de inseguridad que afectaban a las familias y a las personas más débiles. La prevención de las incertidumbres ante la vida, mediante un sistema de pensiones y servicios sociales, junto a las políticas de pleno empleo, empezaron a asentar un nuevo modo de vivencia social, que en las sociedades de nuestro tiempo está siendo cuestionado.

La concurrencia actual de factores de incertidumbre, de desconfianza política y de inseguridad está conduciendo a nuevos escenarios políticos y societarios en los que se echan en falta factores de compensación y arraigo. Los estudios sociológicos permiten constatar, en este sentido, que en países como España la población que vive en condiciones cotidianas de incertidumbre básica ha pasado en poco tiempo de ser un 15% a un 24%.

El aumento espectacular del paro juvenil, que se ha llegado a situar en España por encima del 40%, y la extensión de las situaciones de precarización laboral y de exclusión social, unidas a las incertidumbres económicas y a la falta de horizontes que sufren muchas personas, está dando lugar a procesos de desvertebración social y fragilización política, e incluso a climas de anomia, que se están traduciendo en fenómenos inquietantes. En poco tiempo, en España se han acentuado los riesgos de violencia y la conciencia de inseguridad ciudadana, habiendo aumentado desde principios de los años 80 el número de delitos y faltas en un 244% y en un 382% el número de reclusos, pasando de los 18.253 presos de 1980 a más de 88.000 en 2009.

Los climas de inseguridad a veces son amplificadas por determinados sectores que intentan manipular e instrumentalizar a la opinión pública mediante recursos demagógicos y populistas, no dudando en utilizar el miedo

como arma política al servicio de la xenofobia, e incluso del odio sistemático al adversario, que tiende a ser convertido en "enemigo" político, en un deslizamiento actitudinal que recuerda las peores pesadillas de un pasado no tan lejano.

De igual manera, los ambientes de inseguridad y de temor son un caldo de cultivo en torno al que están surgiendo pujantes negocios privados, tanto en el campo de los seguros, como en múltiples empresas que ofrecen "seguridad policial" privada a aquellos que pueden pagarla. En algunos países las plantillas de guardas jurados privados han aumentado hasta quedar casi equiparadas a las de los cuerpos de Seguridad Pública, en una dinámica en la que el Estado tiende a perder espacios y funciones que le son propias, a favor de una lógica de privatización que sólo permite garantizar mayores cotas de seguridad a los sectores más prósperos de la población. Lo cual está dando lugar a que los niveles de incertidumbre tengan también un componente discriminatorio y que unos ciudadanos sean más desiguales que otros en la vivencia de las incertidumbres.

Frente a esta deriva crítica la izquierda tiene que ser capaz de reaccionar y dar respuestas, desarrollando análisis precisos de la nueva situación y propiciando alternativas y estrategias que, a partir de los logros alcanzados, pongan el acento en la recuperación de la seguridad necesaria y en la profundización de la democracia, evitando que el objetivo de la "seguridad" pueda ser dejado en manos de una nueva derecha populista.

Frente a la imagen de un mundo desbocado y sin rumbo hay que recuperar el sentido finalista y la voluntad participativa y reformadora propia de las mejores tradiciones de la izquierda, dejando claro que existen alternativas y posibilidades que deben ir acompañadas de liderazgos políticos sólidos y genuinos, de forma que se pueda lograr evitar que la era de las incertidumbres se convierta en la era de los miedos.

Frente al oportunismo de quienes están dispuestos a gobernar a cualquier precio, como sea y con cualquier programa, hay que plantear discursos claros y bien articulados, capaces de generar nuevas certidumbres y de profundizar y desarrollar los mejores logros de la socialdemocracia, en base a una economía mixta, con seguridad y bienestar.

Frente al espíritu de claudicación de algunos, hay que dejar claro que existe una izquierda que no acepta pasiva y resignadamente el paradigma de unas sociedades en las que los criterios de individualismo desarraigado, de lucro particular exclusivo y de eficiencia económica (de una

"supuesta" eficiencia) se sitúan por encima de los valores y de las necesidades de las personas concretas y de objetivos tan imprescindibles como el empleo de calidad y una razonable convergencia de rentas y de niveles de bienestar social.

Frente a la petulancia de los pretendidos sabios "modernos" y "postmodernos", que se encuentran incrustados en los sectores progresistas, y que no paran de tachar de "trasnochados" y de "poco realistas" aquellos objetivos que son imprescindibles y sensatos, como la priorización del empleo y las conquistas de la ciudadanía social, la izquierda tiene que recuperar la primacía de la coherencia, del sentido común y del liderazgo político frente al económico, entendiendo que las experiencias políticas y económicas conservadoras de los últimos años han fracasado estrepitosamente, tanto en su dimensión económi-



C. BARRIOS

ca, como en lo concerniente a las consecuencias sociales y políticas que acarrearán, y que el tipo de sociedad al que han conducido no sólo es perturbador e inhumano en múltiples aspectos, sino que es también ineficiente e inviable, como están demostrando los hechos.

En definitiva, frente a los riesgos y a las perspectivas de retrocesos que se apuntan en un horizonte de incertidumbres y de carencias humanas básicas, hay millones de personas que esperan la voz y el aliento de una izquierda que sea capaz de generar esperanza en un mundo mejor, más equilibrado y más solidario. Un mundo que ahora podría estar más al alcance de la humanidad que nunca, si existiera voluntad política suficiente como para traducir las enormes potencialidades de la revolución tecnológica y del mundo actual en un conjunto positivo de logros sociales concretos. **TEMAS**

La era de las incertidumbres

Ciertos grados de incertidumbre siempre han solido acompañar la vida de las personas. Existen modelos de sociedad en los que tienden a aumentar las incertidumbres y otros que, por el contrario, ayudan a gestionar las incertidumbres personales desde una perspectiva social, proporcionando más seguridades de futuro. El Estado de Bienestar demostró que era uno de los modelos políticos más adecuados para solucionar algunas incertidumbres, proporcionando más seguridad a los ciudadanos en asuntos de tanta trascendencia como la salud, el empleo digno, la vivienda y otras exigencias básicas. En el momento actual, nos encontramos en un periodo en el que tienden a aumentar las inseguridades y las incertidumbres entre los ciudadanos, debido a los problemas de empleo, a la carestía de la vivienda, a la crisis económica y a los propios retrocesos en las políticas sociales.

Temas aborda este debate analizando los retos del siglo XXI, y las amenazas de carácter laboral y vital, así como los problemas del cam-

bio climático y los riesgos de pandemias e inseguridades sanitarias. Paradójicamente, la era de las incertidumbres que parece cernirse sobre muchas personas, viene marcada por la expansión de las potencialidades de crecimiento y progreso, que se ven mermadas por la influencia de un sistema económico neoliberal de carácter global que está dando lugar a un incremento de las desigualdades y un aumento de la pobreza y la exclusión social, impidiendo un desarrollo social armónico y abocando a amplios grupos sociales a un futuro marcado por numerosas inestabilidades.

Para poder frenar esta deriva, es necesario que se propicien las lógicas de la política sobre el mero imperativo económico y que se potencie la participación ciudadana. Para ello hay que poner en marcha nuevas medidas de control de la economía y de los mercados financieros y que los Estados y las instituciones supranacionales marquen las pautas necesarias para recuperar el timón del progreso civilizador y el sentido humano de la existencia social.



José Félix Tezanos
Catedrático de Sociología.
UNED

Retos e incertidumbres del siglo XXI

Múltiples tendencias concretas permiten afirmar que en estos momentos estamos ante los mayores procesos de cambio que se han conocido en la historia de la humanidad, con la diferencia, respecto a anteriores ciclos de cambio, que ahora se trata de procesos globales y, sobre todo, de cambios que están produciéndose de manera mucho más rápida e intensa. Los impactos sociales, actitudinales y culturales de estos cambios van a ser enormes y van a alterar buena parte de los supuestos culturales y sociales de nuestras civilizaciones. De hecho, muchos de estos supuestos ya se están viendo alterados y cuestionados por sectores significativos de la población, sobre todo entre las nuevas generaciones.

“Desgraciados aquellos —se advertía en un antiguo proverbio chino— a los que les ha tocado vivir en una época interesante”. Pues bien, el siglo XXI se perfila como un período de cambios apasionantes y, por lo que estamos comprobando, también de incertidumbres y de tensiones.

En su conjunto, estamos ante futuros bastante abiertos que, en lo que se refiere a las dimensiones societas y ideológico-culturales del cambio, no han sido ni siquiera teorizados de antemano. Esta es una de las diferencias entre la actual revolución científico-tecnológica y la an-

ideas y las articulaciones políticas (básicamente a partir de la Ilustración) como en los desarrollos de nuevas potencialidades económicas (por los grandes economistas clásicos) y, ulteriormente, con un potente y rico pensamiento social, tanto en sus vertientes políticas, e incluso utópicas (los diversos socialismos), como en sus vertientes analítico-científicas (las teorizaciones de los padres de la Sociología).

Ahora, sin embargo, la impresión es que no se sabe bien hacia dónde vamos, al tiempo que el futuro generalmente no se suele anticipar en términos de deseabilidad,

sabe bien hacia dónde vamos, como en una carreta tirada por caballos desbocados. Y ni siquiera sabemos si hay alguien que tenga las riendas e intente mantener una cierta dirección y propósito.

Conciencia del cambio

Una de las pocas certezas que tenemos en estos momentos es que la vivencia del cambio está impregnando a la población. No sólo se está viviendo con la impresión de que están teniendo lugar muchos cambios, sino que existen expectativas de cambios continuos, casi sin pausa, de forma que todo el mundo espera que en ciclos de tiempo bastante cortos podamos disponer de ordenadores más potentes y veloces, que se nos ofrezcan en red más servicios y posibilidades, que los teléfonos móviles dispongan de mayores capacidades y aplicaciones, que tengamos televisores de más calidad, nuevos equipos de diversión e interacción y cada vez más sofisticados equipamientos para el hogar y más potentes medios técnicos al servicio de las empresas y de la produc-

Los cambios tecnológicos, socio-económicos y culturales están conduciendo a una situación social inédita, en la que tienden a quebrarse muchas de las certidumbres que sustentaban el orden social heredado.

terior gran transformación (la revolución industrial), que surgió a partir de un rico contexto de intencionalidades y teorizaciones, desde las que se anticiparon diversos escenarios deseables, tanto en el campo de las

sino de incertidumbres. La imagen utilizada por Anthony Giddens, en su libro *Un mundo desbocado*, traduce la impresión que tiene mucha gente de que en estos momentos avanzamos a mucha velocidad, pero no se

ción. Y si esto no continuara ocurriendo, nos quedaríamos perplejos y sorprendidos.

Una de las paradojas de nuestro tiempo es que, a la vez que se abre un panorama de grandes oportunidades, están desarrollándose diversos climas de opinión —y algunos procesos concretos— en los que el acento recae más en las incertidumbres que en las potencialidades.

Como en toda situación muy dinámica, es lógico que en nuestras sociedades existan inestabilidades, confusiones y preocupaciones que obedecen al propio ensamblaje entre lo nuevo y lo viejo, debido a que aún persisten fuertes inercias de un pasado que no desaparece del todo y que se yuxtaponen y coincide con anticipaciones de unos futuros que

Los cambios tecnológicos, socio-económicos y culturales están conduciendo a una situación social inédita, en la que tienden a quebrarse muchas de las certidumbres que sustentaban el orden social heredado y en la que los ciudadanos se encuentran ante la paradoja de un “progreso” desequilibrador. En las sociedades de nuestra época, la enorme explosión de posibilidades y el considerable ritmo de crecimiento económico que permiten las nuevas tecnologías no se está traduciendo siempre en mayores perspectivas de equilibrio y de bienestar social para todos. Muchas personas tienen la percepción de que la revolución tecnológica está poniendo en nuestras manos medios, conocimientos y riquezas suficientes que

desigualdades mundiales, a un aumento del número de personas que pasan hambre, a un ensanchamiento de las diferencias de renta en los países ricos, acompañados por nuevos problemas de precarización laboral y de exclusión social, al tiempo que la riqueza tiende a concentrarse cada vez en mayor grado en pocas manos, en unas magnitudes que desbordan los límites de lo lógico y lo comprensible.

¿Por qué ocurre todo esto? —se preguntan muchos—. ¿Qué poderes políticos y qué fuerzas sociales pueden ayudar en el siglo XXI a restablecer los equilibrios necesarios y a garantizar los principios propios de una equidad y hasta de un sentido común básico?

En un mundo crecientemente globalizado en el que no se sabe muy bien quién toma las decisiones fundamentales ni cuál es el alcance efectivo del poder que se ejerce con el voto en el ámbito de los antiguos Estados nacionales, todo transcurre tan deprisa, y a veces de manera tan inconsciente y precipitada, que el propio criterio de la “voluntad política” tiende a difuminarse. De ahí que bastantes personas estén viviendo la actual dinámica de cambio con una mezcla de sensación de vértigo, a caballo de expectativas encontradas, acompañada por sentimientos de impotencia y resignación, que coinciden con un abierto y elemental entusiasmo por lo nuevo.

Por un lado, en el ámbito de la vida privada, se hace notar el deslumbramiento producido por las perspectivas que están abriendo los cambios científicos y tecnológicos y por la enorme cantidad de artilugios de comunicación, información y entretenimiento que se están poniendo al alcance de la mano: Internet, la

La inseguridad que existe en nuestra sociedad está siendo utilizada como un arma política y en muchas ocasiones se está convirtiendo en una fuente de negocios.

no han llegado por completo. De esta forma, las incertidumbres que suscita la transformación del viejo orden coinciden con nuevas estructuraciones que todavía no han alcanzado su plasmación definitiva ni han dado lugar a nuevos equilibrios y sistemas de creencias, interpretaciones y modalidades sociales capaces de llenar los huecos y carencias que dejan los modelos socio-culturales heredados de las sociedades industriales. Por lo tanto, en los primeros años del siglo XXI se están viendo experiencias sociales encontradas, en las que se hacen notar tanto los efectos de inquietud e inseguridad que despierta lo nuevo como aquellos que son provocados por la desaparición de los viejos sistemas establecidos.

nos permitirían hacer frente a muchos de los grandes males y carencias de la historia de la humanidad, como el hambre, la miseria, el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, la incultura, la postergación y las carencias. Ahora tenemos medios técnicos, personas cualificadas, conocimientos y recursos como para hacer frente con éxito a éstos y otros retos similares. Pero esto no se hace y el número de pobres y hambrientos aumenta, mientras se deteriora la calidad de los empleos, se acentúan las brechas desigualitarias y se alteran los equilibrios medioambientales.

De ahí la sensación de perplejidad que produce la constatación de que la actual fase de innovación técnica y expansión de las riquezas corre pareja a una acentuación de las

telefonía móvil, la nueva industria del ocio, los avances en biotecnología, etc. Pero, a su vez, aun en el caso de los países desarrollados, las familias están viviendo las contradicciones y problemas de una época en la que se registran procesos de movilidad social descendente entre los hijos de familias de clase media, en la que se agudizan los problemas energéticos y en la que se plantean serias incertidumbres sobre los equilibrios medioambientales.

La quiebra de las certidumbres

En las sociedades actuales, en muy poco tiempo se están poniendo en cuestión algunas de las principales certidumbres de las sociedades industriales. Los empleos, es decir, el trabajo como ámbito de inserción

societaria primordial, tienden a hacerse más inseguros, difusos e inestables, sobre todo para las nuevas generaciones, debido a los procesos de paro, precarización laboral, "becarización", descualificación profesional, deterioro salarial, deslocalizaciones empresariales, etc. La cifra que proporciona la OIT sobre más de 550 millones de trabajadores "pobres", con un ingreso equivalente a menos de un dólar diario, es uno de los exponentes más llamativos del proceso de deterioro laboral, de forma que en muchos casos disponer de un trabajo ya no es una garantía suficiente para tener asegurada una vida digna.

Los sistemas de creencias y valores heredados, por su parte, se hacen más inciertos o menos traducibles

en lo político y lo social en la vida cotidiana. Asimismo, en bastantes ocasiones las familias dejan de ser referentes –y eventuales ámbitos de "destino"– con suficiente capacidad aseguradora e integradora. Las tendencias de movilidad social descendente, los bajos salarios, la carestía desmedida de las viviendas y otros factores de inestabilidad y precarización están dando lugar a que en las sociedades desarrolladas cada vez se casen menos personas, cada vez se casen más tarde –en España por encima ya de los 30 años– y tengan menos hijos o ninguno. De ahí que la familia, como institución social, tienda a perder peso y capacidad funcional integradora.

De igual manera, se están abriendo múltiples complejidades e

TEMAS

para el **debate**

Deseo una suscripción a la Revista TEMAS

<input type="checkbox"/> Suscripción anual España (12 números)	40,00 €
<input type="checkbox"/> Suscripción anual Europa y América (correo superficie)	70,00 €
<input type="checkbox"/> Suscripción anual Europa (correo aéreo)	85,00 €
<input type="checkbox"/> Suscripción anual América (correo aéreo)	115,00 €
<input type="checkbox"/> Deseo recibir las tapas para encuadernar el año	6,61 €

Nombre:
 Domicilio:
 Población: Provincia: C.P.:
 E-mail: Teléf.: Móvil:

Forma de pago

Les envío el importe (cheque/giro postal) a **Iniciativas Editoriales Sistema, S.A. C/ Fuencarral, 127. 1º. 28010 Madrid.**

Espero recibir factura (pago por transferencia).

Deseo domiciliar el pago en mi Cuenta:
 Sr. Director del Banco/Caja Postal:
 Agencia/Dirección:
 Población: C.P.:

Sr. Director, le agradeceré que con cargo a mi cuenta/libreta atienda los recibos que anualmente les presentaré

Iniciativas Editoriales Sistema, S.A.

Tarjeta de Crédito: VISA MASTERCARD AMERICAN EXPRESS EUROCARD Atentamente

TITULAR:
 NÚM.: -CCV: CADUCA: / Fdo.:

..... a de de 2010

Más información en nuestra página web: www.fundacionsistema.com



incertidumbres en la esfera política, desde la forma en la que se tiende a entender la condición ciudadana hasta la confusión que generan los nuevos ámbitos territoriales en los que se perfila —y practica— la pertenencia política, pasando por las alteraciones que se están produciendo en el ejercicio del poder político. Y, todo ello, muchas veces sin que desde los partidos políticos nacionales establecidos se esté atinando a realizar diagnósticos certeros de la nueva situación y a plantear estrategias adecuadas para hacer frente a las nuevas situaciones y problemas. En este sentido, existe un contraste notable entre el dinamismo y la notable capacidad innovadora que se genera desde el mundo científico-tecnológico y la escasa capacidad de respuesta y de innovación que se produce en la esfera política. A veces incluso parece que algunos líderes y cuadros políticos están como a la defensiva, como desorientados, intentando aferrarse a las inercias más simplistas y menos comprometidas del *statu quo*.

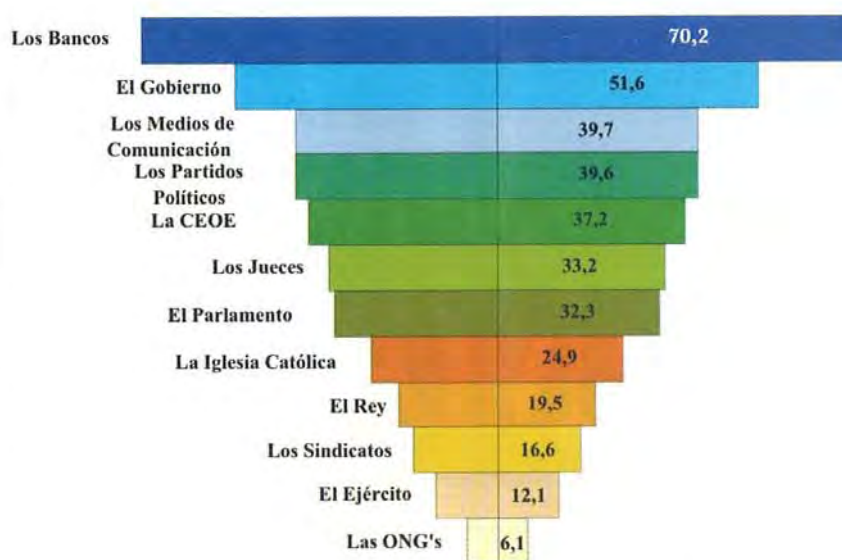
Tales conservadurismos políticos inercialistas dan lugar a un aumento de las sensaciones de incertidumbre entre los ciudadanos, propiciando distanciamientos críticos y escepticismos sobre las capacidades y las cualificaciones de los políticos y de la política como tal. Todo lo cual puede acabar desembocando en una crisis funcional —y de legitimidad— de la democracia, con todos los riesgos que ello implica.

Uno de los principales problemas derivados de tales “vaciamientos políticos” es que cunda la atonía y que los ciudadanos desarrollen percepciones demasiado negativas sobre la vida política. Esto es precisamente lo que venimos detectando en la investigación sobre Tenden-

cias Sociales del GETS, en la que se constata que los ciudadanos manifiestan año tras año unas imágenes de la pirámide del poder que responden básicamente a criterios económicos y de influencia comunicacional, y en la que el peso de las instituciones de representación política (como el Parlamento) o de las instancias de articulación de la participación social y política (como los partidos políticos y los sindicatos) queda relegado a las posiciones más bajas de la escala de poder (*Vid.* gráfico 1).

fuertes de integración social, es decir, lo que hasta ahora han sido las agarraderas vitales y los referentes básicos de integración societaria para muchas personas: el trabajo, la familia, los sistemas de creencias, la seguridad física en los lugares de residencia, las certezas y estabildades políticas, los equilibrios aseguradores del nicho vital, etc. El problema es que muchos de estos ámbitos de integración y seguridad se están poniendo en cuestión al mismo tiempo y de manera intensa (*Vid.* cuadro 1). Y eso está dando lugar a que bastan-

GRÁFICO 1
PERCEPCIONES COLECTIVAS SOBRE LA PIRÁMIDE DEL PODER EN ESPAÑA
(% de personas que consideran que tienen mucho poder)



FUENTE: GETS, *Encuesta sobre Tendencias Sociales, 2009*.

PREGUNTA: *A continuación vamos a citarle una serie de instituciones. Nos gustaría saber si en su opinión, actualmente, tienen mucho poder; bastante poder; poco poder o ningún poder.*

No estamos ante un panorama de simples subjetividades o de eventuales desequilibrios caracterológicos entre los componentes optimistas y/o pesimistas de la personalidad, sino ante incertidumbres y problemas reales y de mucho peso. Algunos de ellos se conectan a evoluciones que conciernen a ámbitos

tes personas se encuentren en situaciones como de “flotabilidad social”, sin que puedan disponer de “agarraderas vitales” firmes a las que sujetarse. Lo cual explica algunos estados de ánimo y determinados comportamientos anómicos.

En definitiva, son muchas las evidencias que indican que estamos

CUADRO 1
EL MARCO DE LAS INSEGURIDADES EN LAS SOCIEDADES
TECNOLÓGICAS AVANZADAS

Principales ámbitos de incertidumbre	Indicadores específicos de referencia
El trabajo	<ul style="list-style-type: none"> - Aumento del paro y de la precarización laboral - Paro juvenil - Descualificaciones laborales - Deslocalizaciones - Difuminación de las "profesiones" - Crisis de motivación laboral - Crisis de las concepciones laboro-centristas
La familia	<ul style="list-style-type: none"> - Descenso de la nupcialidad - Retraso de las edades de matrimonio y de emancipación de los jóvenes - Descenso de la natalidad - Carestía de la vivienda - Complejidades "conceptuales"(sobre la idea de familia en sí y en las relaciones de parentesco) - Crisis de sociabilidad
Los valores y creencias	<ul style="list-style-type: none"> - Crisis de las concepciones tradicionales - Descreimientos - Nuevos sistemas de identidades laxas y microscópicas (las tres "ges": generación, gustos y género) - Cambios de valores y pautas sociales - Crisis de criterios morales - Tendencias de anomia
Las redes sociales, los vínculos	<ul style="list-style-type: none"> - Cambios y difuminación de vínculos - Tendencias de individualización extrema y aislamiento social - Aumento de las migraciones, con pérdida de vínculos - Pertenencias laxas y heterogéneas
Los equilibrios medioambientales	<ul style="list-style-type: none"> - Crisis ecológica - Calentamiento global / alteraciones climáticas - Catástrofes naturales - Agotamiento de recursos naturales - Desequilibrios entre población y riqueza - Destrucción de especies vivas
Las instituciones políticas	<ul style="list-style-type: none"> - Crisis del Estado Nacional, con aminoración de funciones - Desimplicaciones (apatía, abstención, etc.) - Desajustes de las instituciones (micro-macro) - Déficits democráticos - Poderes opacos - Nuevas pirámides de poder (con prevalencia de los poderes económicos y comunicacionales)
El bienestar social / la equidad	<ul style="list-style-type: none"> - Aumento del hambre y la pobreza severa en el mundo - Acentuación de las desigualdades nacionales e internacionales - Crisis del Estado de Bienestar. Retrocesos sociales - Concentración de la riqueza y el poder en pocas manos - Nuevas formas de exclusión social
Violencia e inseguridad	<ul style="list-style-type: none"> - Aumento de la delincuencia y los comportamientos violentos - Violencia de género - Violencias juveniles anómicas. Pandillismos - Terrorismos - Nuevas mafias internacionales

ante contextos sociológicos bastante abiertos, con déficits de integración y con pocos elementos de orientación y referencia. Lo que puede conducir a situaciones un tanto inflamables.

Los climas de inquietud e inseguridad que generan tales situaciones están dando lugar a que en las sociedades de principios del siglo XXI se esté instalando un clima de incertidumbre que amenaza con convertirse en un componente básico de la vida social. Hoy en día vivir en sociedad tiende a entenderse en buena medida como vivir con incertidumbres en contextos sociales muy dinámicos y abiertos. Por eso la inseguridad está siendo utilizada también como un arma política, y en muchas ocasiones se está convirtiendo en un negocio. Con harta frecuencia las inseguridades se explotan como factor político, incluso mediante amplificaciones comunicacionales y dejaciones calculadas que tienen por finalidad amedrentar en mayor grado a las personas y a los grupos más sensibles, para poder manipular mejor sus voluntades, alentando apoyos o propiciando inhibiciones y retraimientos políticos que contribuyen directa o indirectamente a facilitar la discrecionalidad de los poderosos. Los que operan de esta manera saben perfectamente que un ciudadano más inseguro y más amedrentado tiende a ser un ciudadano menos libre y más fácilmente manipulable.

De ahí, pues, la necesidad de que la izquierda y los sectores más progresistas de la sociedad tracen estrategias de fondo que contribuyan a propiciar nuevas formas de reaseguramiento social o, lo que es lo mismo, que potencien unos programas generadores de mayores certezas. **TEMAS**



Susan George
Presidenta del
Transnational Institute

Las crisis convergentes: temores y esperanzas

Las numerosas incertidumbres que se ciernen sobre el futuro tienen su origen en el modelo de economía liberal globalizada. Las desigualdades entre países y entre ciudadanos han alcanzado niveles insostenibles, la pobreza se agudiza y los problemas medioambientales amenazan con llevar a las sociedades al colapso. Las crisis alimentarias son debidas a los movimientos especulativos, al desarrollo de los biocombustibles y a los propios desastres climáticos. Para cambiar esta situación es necesaria una mayor regulación del mundo financiero y económico, y trabajar con el horizonte de una mejor redistribución de la riqueza y de los equilibrios razonables entre el Norte y el Sur. Asimismo son precisas actuaciones urgentes sobre el clima y abrir paso a una democracia participativa, que potencie el sentido de corresponsabilidad social.

Aunque el G-20 y otros organismos e instituciones se nieguen a reconocerlo, la convulsión económica actual no es sólo la consecuencia de una simple crisis financiera, por muy graves que sean los problemas que actualmente sufre este sector. La crisis se compone de múltiples elementos que interactúan reforzándose mutuamente. Dejando a un lado el ámbito financiero, es necesario resaltar que las desigualdades entre países y entre ciudadanos han alcanzado niveles insostenibles, tanto en las naciones desarrolladas como en los países en vías de desarrollo. La pobreza se agudiza, la escasez de agua y de alimentos, también. Los conflictos se multiplican debido a las crecientes tensiones sociales y el cambio climático —que avanza mucho más rápido de lo que predijeron los expertos— se cierne amenazante sobre todo este escenario.

Ya no es posible afrontar estos elementos por separado. Empezaré por dar algunos ejemplos: los ricos dejan unas huellas medioambientales enormes, de modo que podemos

afirmar que, a pesar de ser pocos en términos relativos, causan un daño medioambiental mucho mayor que los cientos de millones de pobres. Jared Diamond demuestra en su libro *Colapso*, que en el pasado una de las principales causas del desmoronamiento de las sociedades sometidas a tensiones medioambientales fue la perseverancia de las élites en el consumo y la sobreexplotación de los recursos mientras sus compatriotas más pobres ya habían comenzado a sufrir los efectos negativos. Este comportamiento de las élites condujo a sus sociedades al abismo. El calentamiento global afecta más a los pobres que a los ricos e incrementa las desigualdades sociales. También la crisis financiera tiene un efecto similar: la crisis hipotecaria en los Estados Unidos ha dejado a millones de familias sin hogar, sumiéndolas en la inseguridad y la pobreza.

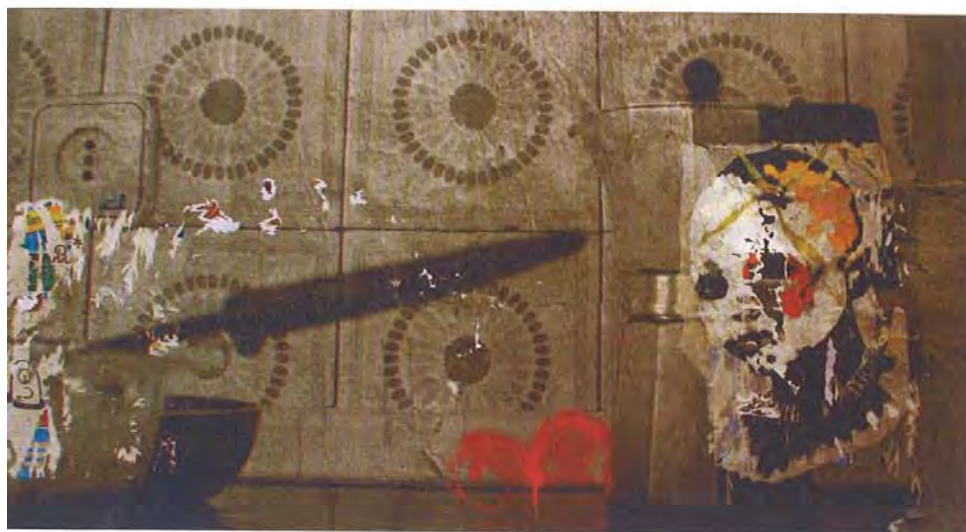
Por otra parte, los precios de los productos agrícolas necesarios para elaborar las tortillas o los *chapattis* que conforman la dieta básica de los más pobres se pueden duplicar de un

día a otro si los especuladores financieros entran en estos mercados o si los Gobiernos y los terratenientes deciden dedicar grandes superficies de terreno al cultivo de biocombustibles. Resulta muy difícil enderezar la situación económica cuando millones de personas han visto mermaado su poder adquisitivo por el impacto de la crisis financiera y el desempleo.

He nombrado sólo algunos ejemplos de cómo interactúan los múltiples elementos que componen la crisis actual y está claro que no podemos continuar enfrentándonos a ellos por separado.

Sin embargo, estos efectos de la crisis son ignorados. El sector financiero, que opera muy alejado de la economía real en la que viven los hombres y mujeres reales, tiende a separarse aun más y ya vuelve a crear nuevas burbujas que están destinadas a explotar una tras otra. Pero en cuanto las Bolsas muestran signos de recuperación, se nos dice que la crisis ya ha pasado.

Resulta evidente que ni el G-20,



C. BARRIOS

nia, al rehuir sus responsabilidades ante los problemas ajenos como quien evita tocar a un leproso.

Un ejemplo de esta actitud es lo sucedido con Letonia, país que se incorporó a la UE en 2004. Este desafortunado país báltico se encuentra al borde del colapso tras haber caído su PIB un 18% desde el año 2008. Parece lógico que en el seno de esta estupenda Unión el Banco Central Europeo se sienta responsable de prestar ayuda financiera a Letonia. Esto es un craso error: el BCE no presta a los leproso. No debemos olvidar que el BCE actúa a la sombra del Bundesbank de Frankfurt y que éste no se arriesga a verse enfrentado a una insolvencia, ni siquiera de un país de la Unión. De manera que será el FMI quien facilite a Letonia –y también a Grecia– los créditos en las habituales condiciones de estricta supervisión.

¿Se puede calificar esta política de racional? Creo que no. Si Letonia y Grecia tuvieran acceso a los créditos del BCE, más blandos, tendrían que gastar menos en amortizar sus deudas y dispondrían de más medios para apuntalar sus economías, lo que aceleraría su recuperación. Quizá incluso gastarían más en importar productos alemanes. Pero a los que deciden, la Comisión Europea y el BCE, esta posibilidad les debe parecer demasiado remota.

Cuando los ciudadanos de los Estados Unidos o de la Unión Europea exigen dedicar más medios a la educación, la sanidad, la inversión en empleo o a la mejora de los servicios públicos y las infraestructuras, se les responde que, lamentablemente, no hay fondos disponibles. Se les pide paciencia y que se conformen con lo que hay. Pero cuando los bancos entraron en crisis debido a sus propios errores, en unos pocos

que se ha autoerigido en Gobierno global, ni sus perennes acólitos, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio, han afrontado la realidad. Las medidas correctoras propuestas hasta ahora apuntan únicamente a la vertiente financiera de la crisis, que aparentemente es la única que estos organismos reconocen. Además, los remedios aplicados se están revelando peores que la enfermedad. Las estimaciones sobre el dinero inyectado en las instituciones financieras en todo el mundo oscilan entre los 5 y los 18 billones de dólares americanos. La segunda cifra incluye una serie de compromisos futuros aún no materializados.

Todo este dinero no cae del cielo, sino que –como todo valor– tiene su origen en el trabajo y en los recursos naturales. Si un Gobierno recurre a los impuestos para financiarse, confía en sacar provecho del trabajo futuro y si recurre a la venta de recursos no renovables, está explotando la naturaleza. Todo ello para sufragar su generosidad con el sector financiero. Esto no es otra cosa que apostar por un futuro en forma de una pirámide de endeudamiento de crecimiento ilimitado.

Estados Unidos ha optado por la venta de bonos, lo que sólo servirá

para incrementar el déficit y desplazar la deuda hacia el futuro. Nada garantiza, sin embargo, que el Gobierno no vaya a sucumbir a la tentación de devaluar el dólar para reducir la deuda acumulada. Hay abundantes indicios que apuntan a esta estrategia. Una burbuja de activos de deuda pública es un peligro real. También es posible que el Gobierno opte simplemente por imprimir dinero, lo que evoca la visión de la República de Weimar y de otros horrores similares que barrieron una sociedad entera y produjeron la guerra más sangrienta de la historia. Quizá el Gobierno decida seguir liquidando los bosques, la tierra y los recursos minerales a precio de saldo, los propios o los de otros pueblos, dependiendo del alcance de su poder de depredación. Por supuesto que puede optar también por incrementar los impuestos a sus ciudadanos y a la vez reducir los servicios públicos. Esta ha sido la política seguida por el G-20 que, la verdad sea dicha, no dispone de ninguna otra.

Debemos comprender que a pesar del recurso retórico a la unidad y a un Nuevo Orden Mundial el impacto de la crisis exagera los egoísmos. Así lo demostraron la "Unión" Europea, el Banco Central Europeo y el país más rico de la UE, Alema-

días aparecieron miles de millones de dólares de no se sabe donde. El FMI, por su parte, recibió 750 mil millones que le permitieron abandonar el umbral de la insolvencia en el que había languidecido durante meses. Durante este tiempo, el FMI pudo pagar a sus empleados exclusivamente gracias a los escasos pagos que efectuaban países como Turquía o Pakistán para devolver los préstamos contraídos.

Se han tomado tantas medidas que evidencian un desprecio atroz por las desgracias que sufren los ciudadanos que es difícil decidir cuál mencionar en primer lugar. Ni siquiera vale la pena intentarlo. Es suficiente constatar que si la sociedad se rigiera

perspectiva de un nivel de vida peor para ellos y para sus hijos. Todos hemos sido educados en la convicción de que cuando uno paga es para recibir por ello algún bien, servicio o beneficio. Por eso, cuando pagamos impuestos esperamos beneficiarnos de una sociedad que funcione.

Los dramáticos acontecimientos de los últimos meses no tienen precedente desde los años 30 del siglo pasado. Por eso debemos analizar nuestra situación actual y lo que pueda ocurrir en el futuro, para bien y para mal. Las perspectivas se pueden dividir entre buenas y malas. En el lado negativo encontramos muchos temores, pero en el positivo existen algunas esperanzas que po-

puede significar hielo debido al enfriamiento resultante de los miles de millones de toneladas de agua helada que los glaciares derretidos vierten al mar o fuego si las emisiones de CO² y de metano provocan un aumento acelerado de las temperaturas acompañado de sequías y un veloz ascenso del nivel del mar. Millones de refugiados climáticos se desplazan y ningún ejército es capaz de pararlos. Las enfermedades se propagan con inusitada rapidez y proliferan los conflictos por el control del agua y de los alimentos. En poco tiempo, los preciosos monumentos y logros de nuestra civilización se parecerán al pedestal de Ozimandias en el desierto infinito¹.

No nos debe sorprender que la humanidad prefiera mirar para otro lado y opte por confiar en que "ellos", los que detentan el poder, sabrán lo que están haciendo y sabrán evitar que nos precipitemos todos a estos escenarios del horror. Afrontar una situación que no tiene precedentes en la historia de la humanidad y que era hasta hace poco impensable para las civilizaciones avanzadas de Oriente y Occidente provoca fatiga y temor. Nos encontramos ante el síndrome de Scarlett O'Hara: "Hoy no quiero pensar sobre este asunto. Pensaré sobre ello mañana."

La forma en que "ellos" se han enfrentado hasta ahora a la crisis no es ni alentadora ni infunde confianza. Aun así, queda espacio para crear un escenario alternativo y muchos de los posibles remedios los tenemos delante de nuestros ojos. La convergencia de las múltiples crisis también puede verse como una oportunidad para alcanzar solucio-

Si la sociedad se rigiera por los principios básicos del mercado y del capitalismo, los Bancos pertenecerían ahora a los contribuyentes, que son los únicos a los que corresponde el mérito de haberlos salvado.

por los principios básicos del mercado y del capitalismo, los bancos pertenecerían ahora a los contribuyentes, que son los únicos a los que corresponde el mérito de haberlos salvado.

Además, ¡ojalá pudiéramos eximir a los políticos de su deshonra!, proteger a los inocentes y castigar a los culpables es una cuestión de moral pública. Pero estos principios ya no están vigentes. A los culpables se les recompensa con creces, mientras que a las víctimas se les exige resignación. Los inocentes no reciben nada a cambio de lo que ya han dado, ni por lo que tendrán que dar en el futuro. Su recompensa es el desempleo, la reducción de las pensiones, de los servicios públicos y la

drían convertirse en realidad si la población se organizara formando alianzas lo suficientemente sólidas como para adquirir peso político.

Temores ante el futuro

En primer lugar los temores: A corto plazo es fácil que la situación empeore. Imaginemos que la burbuja de los activos de deuda pública creciera y —como toda burbuja— pinchara. Imaginemos que el dólar estadounidense ya no desempeña el papel de divisa universal, que se adoptan medidas paliativas que no funcionan y que millones de personas pierden sus ahorros, sus pensiones, sus seguros etc... El clima enloquece. Para los europeos y los norteamericanos esto

¹ Conocí a un viajero de un antiguo país que me dijo: hay en el desierto dos grandes piernas, sin tronco, de piedra. Cerca, medio hundido en la arena, yace un rostro destrozado. En su ceño, en sus labios fruncidos, en su frío gesto de dominio y desprecio, selladas sobre estas cosas sin vida bien leyó su escultor las pasiones que aún sobreviven a la mano y al corazón de aquel que las talló. Y aparecen en el pedestal estas palabras: "Me llamo Ozimandias, rey de reyes. Contempla mis obras, tú, poderoso y desespera." Nada permanece. Alrededor de la decadencia de esta inmensa ruina, ilimitada y desnuda se extiende lejana la arena solitaria. (Percey Bysshe Shelley, *Ozymandias*, 1817)

nes razonables. Las esperanzas se pueden resumir así:

La regulación es una necesidad obvia. El sector financiero privado ha gastado literalmente miles de millones en conseguir la desregulación. El resultado ha sido una libertad ilimitada que forzosamente tenía que llevarnos directamente al desastre. Las regulaciones deben restituirse y permanecer. Resulta incomprensible que nuestros sabios gobernantes no tomaran de inmediato unas medidas tan elementales. ¿Dónde está Franklin Delano Roosevelt cuando más le necesitamos?

A muchas personas, entre las que me incluyo, les gustaría ver los bancos nacionalizados y que a los prestatarios que lo merezcan, ya sean empresas o particulares, se les concedieran créditos a precio de coste.

La redistribución es el mejor remedio contra la desigualdad extrema. Puede hacerse mediante asignaciones dinerarias, pero es más frecuente que se lleve a cabo mediante servicios públicos como la educación de calidad, la sanidad, el transporte público, etc.

"Relocalización" hace referencia a la estrategia que promueve el acercamiento de las actividades económicas a las poblaciones que más las necesitan o más se benefician de sus productos. Apunta sobre todo a la producción de alimentos y de otros productos básicos. Esta estrategia necesita apoyos. Una misma comunidad debe albergar el mayor número de actividades posible. Esta evolución ha comenzado ya de manera espontánea en muchos lugares.

Son necesarias actuaciones urgentes sobre el clima en todos los ámbitos, desde el personal hasta el nacional. No estamos hablando del

año 2050, sino de mañana. En primer lugar hay que poner fin al enorme despilfarro energético actual. Las actuaciones que hay que llevar a cabo son bien conocidas, por lo que no es necesario exponerlas aquí con mayor detalle.

Igual de urgente es alcanzar un nuevo equilibrio Norte-Sur. Durante cuatro décadas los pobres del Sur han estado financiando a los ricos del Norte. El Norte a su vez ha cooperado con los ricos del Sur (paraísos fiscales, bancos, inversores inmobiliarios, etc.) para que éstos robaran a su propia gente. Un mínimo de moralidad y un mínimo de sentido de justicia serían de gran ayuda. El primer paso ha de ser la cancelación de la deuda a cambio de la cooperación medioambiental contra el cambio climático y de una redistribución en beneficio de las poblaciones más pobres y malnutridas.

Por otra parte, los poderes establecidos poco a poco están acallando la voz de la ciudadanía. La democracia está amenazada. Probablemente sea en la Unión Europea donde más desprecio se muestra por la democracia, como pudieron comprobar los franceses, holandeses e irlandeses cuando no ratificaron las decisiones tomadas de antemano por sus "superiores". Pero el desprecio por la voluntad popular es sólo uno de los ataques que sufre la democracia. Otro ejemplo es que el término "ciudadanos" haya sido sustituido por el de "accionistas"². Debemos este cambio a los teóricos de la Tercera Vía: el término "accionistas" tiene una dimensión económica, pero no política.

De manera similar, las "consultas" reemplazan a la sana confrontación democrática. Es muy poco probable

que decisiones tomadas ya de antemano por los poderosos vayan a modificarse por el mero hecho de que los consultados discrepen de ellas. Simultáneamente, los grupos de presión campean a sus anchas. Debemos recuperar la democracia representativa y ejercer la democracia participativa gestionando nosotros mismos los asuntos que nos conciernen.

¿Quién va a hacer todo esto? La gente aún no está lo suficientemente enfadada como para pasar a la acción. Quizá porque piensa que movilizarse sólo serviría para empeorar las cosas y que aún tiene mucho que perder. O quizá no sepa por dónde empezar. Por tanto, vale la pena hacer ver a los ciudadanos que el capital financiero ha demostrado ser enemigo de todos: de los trabajadores, los pensionistas, los sindicatos, las pequeñas empresas, los ecologistas, de los empleados públicos, de los usuarios de los servicios públicos etc., la lista se puede continuar. El capital financiero opera cada vez más alejado de la vida real y de la gente real. Es obvio que los Gobiernos nacionales y ese embrión de un Gobierno global que quieren ser el G-20, el Banco Mundial, el FMI, la OMC y otros han optado por favorecer los intereses de una minoría. Pero los que tienen otros intereses muy diferentes son mucho más numerosos. Existen motivos para pasar a la acción y disponemos de la materia prima para construir poderosas alianzas. Somos mayoría, tenemos ideas y –como colectivo– incluso los medios económicos necesarios. Sólo nos falta adquirir conciencia de nuestra fuerza y de nuestra capacidad para impulsar el cambio. **TEMAS**

Traducción: Roger García Lenberg

² *The people vs. stakeholders* en el original (N. del T.)



Rodolfo Benito
Secretario
Confederal de
Estudios de CCOO

Incertidumbres laborales: paro y precarización

El paro y la precariedad laboral son las principales incertidumbres que amenazan el futuro del mundo del trabajo. Los dogmas neoliberales han llevado a convertir las relaciones laborales en una moneda más de mercantilización, que pretenden hacer del derecho al trabajo el eslabón culpable de todos los males de la economía. En lugar de potenciarse el horizonte del empleo digno y de calidad, sucede todo lo contrario, crece el paro, aumenta la temporalidad de forma injustificada, se incrementan los contratos basura y no se concretan las inversiones en formación e investigación que son necesarias para transformar el actual modelo productivo.

Los cambios que se han venido produciendo en el mundo de la empresa y, con ellos, en el mundo del trabajo han supuesto riesgos más que evidentes de mercantilización de las relaciones laborales riesgos que se sustentan sobre una tesis que tienen perfectamente acuñada las

a la crisis con más de lo mismo en el terreno económico y con nuevas vueltas de tuerca en el terreno socio-laboral.

Así, se viene a plantear que el sistema de derechos y garantías en que consiste el modelo tradicional de protección de los trabajadores y tra-

nos problemas relevantes, entre los que destaca la persistencia de una elevada temporalidad injustificada del empleo. Un fenómeno que ha contribuido a profundizar la segmentación del mercado de trabajo español y que afecta de forma más intensa a las mujeres, jóvenes e inmigrantes.

La excesiva temporalidad del empleo conlleva una serie de costes sociales que redundan en una mayor precariedad y, por tanto, en un deterioro de las condiciones laborales de los trabajadores. Los trabajadores con contratos de duración determinada presentan, en general, un diferencial salarial negativo respecto a quienes tienen contrato indefinido, reciben menos formación, están expuestos a un riesgo más elevado de siniestralidad laboral, tienen una menor "empleabilidad" y se caracterizan por un mayor grado de vulnerabilidad e inseguridad.

La elevada temporalidad injustificada del empleo incide negativamente en la productividad de las empresas. La razón es que el uso excesivo de contratos de duración determinada suele conllevar un alto

Es necesario aplicar políticas de distribución del empleo en las empresas mediante la reducción de la jornada, con una disminución equivalente del salario compensado por el Servicio Público de Empleo Estatal.

posiciones neoliberales y que supone la culpabilización del derecho del trabajo frente a las evoluciones negativas del empleo. Esta tesis vuelve a cobrar fuerza en este escenario de crisis económica y fuerte destrucción de empleo, a la hora de abordar la salida a la misma.

Del mismo modo que existe un riesgo cierto de que desde la defensa a ultranza de un modelo económico que, además de injusto, ha fracasado de manera estrepitosa, y después de unos primeros meses de desconcierto, se insista, por quienes han provocado esta situación, en una salida

bajadoras asalariados resulta, en líneas generales, responsable de la incapacidad del sistema económico de generar empleo suficiente, de donde se desprendería la necesidad de reducir, flexibilizar o desregular buena parte de los elementos básicos que configuran el derecho laboral, su sistema de derechos y garantías. En nuestro país, desde distintos sectores económicos, se abunda en esta tesis; una tesis que, desde el rigor, hay que desmontar.

El reconocimiento de que la crisis no tiene un origen laboral no puede, sin embargo, soslayar algu-

nivel de rotación del personal, que actúa como un factor que desincentiva las inversiones en formación e innovación, elementos clave para fomentar la productividad total de los factores.

La persistencia de una elevada temporalidad injustificada del empleo es un problema estructural que contribuye a profundizar la segmentación del mercado de trabajo español, con importantes implicaciones en términos de cohesión social y también para la competitividad de las propias empresas.

Adoptar medidas en el terreno laboral, alejadas de las tesis que sustentan la necesidad de abordar nue-

mover la empleabilidad de los colectivos más castigados por el desempleo como son jóvenes, mujeres e inmigrantes.

Hay que modificar la regulación y contenido de los expedientes de reducción temporal de jornada y, con ello, evitar la pérdida de puestos de trabajo. En este sentido, y con carácter transitorio, se propone una modificación de la regulación y contenido de los expedientes de reducción temporal de jornada, que conlleve la distribución del empleo en las empresas mediante la reducción de jornada con una disminución equivalente del salario, que debería ser compensada en parte por

la cualificación de los trabajadores, con el aditamento de profundizar en la flexibilidad interna frente al uso de la contratación temporal como fórmula de ajuste.

El coste para las arcas públicas disminuiría, al no tener que asumir íntegramente la prestación por desempleo en sus dos modalidades: contributiva y asistencial.

El sostenimiento de una gran parte del salario del trabajador generaría efectos positivos sobre la demanda interna de la economía española, pero, además, la contención del paro también ayudaría a no profundizar en comportamientos más precavidos por parte de la ciudadanía española, colaborando en el objetivo de estabilización.

En este marco, y con carácter previo a la utilización de expedientes de reducción temporal de jornada, se han de articular, a través de la negociación colectiva y previo acuerdo entre las partes, mecanismos de organización y distribución de la jornada de trabajo, supresión de las horas extras –salvo las derivadas de fuerza mayor–, u otro tipo de medidas de flexibilidad interna que contribuyan al mantenimiento del empleo y de la actividad productiva de la empresa y que eviten, en lo posible, los propios expedientes.

Inserción laboral de los jóvenes

Es necesario y urgente mejorar la inserción y estabilidad laboral de los jóvenes. La población joven ha constituido uno de los colectivos más afectados por la crisis económica: desde finales de 2008 han registrado un aumento considerable de la tasa de paro, llegando a alcanzar una tasa del 39% en 2009, concentrándose fundamentalmente en los sectores de construcción y comercio. Otro aspecto importante del em-



C. BARRIOS

vas "reformas laborales", parece necesario, y a ello los sindicatos en España nunca se han opuesto.

Debemos enfrentar cambios en la normativa que regula el mercado laboral, no sólo por el gran número de personas sin empleo, sino también para reducir la fuerte dualidad y segmentación entre trabajadores con contrato temporal e indefinido, entre jóvenes y adultos, hombres y mujeres, trabajadores inmigrantes y autóctonos. La sociedad española debe orientar su esfuerzo a mantener el empleo, pero también a pro-

mover el Servicio Público de Empleo Estatal. Una medida de flexibilidad interna mediante la distribución del empleo que cumple funciones muy útiles en la difícil coyuntura en que nos encontramos.

El ajuste de la jornada laboral estaría destinado a limitar el número de despido de trabajadores, con el consiguiente beneficio para las personas afectadas que no se verían abocadas a la pérdida de su empleo.

La viabilidad de algunas empresas aumentaría, al poder ajustar costes laborales sin perder en el futuro

pleo de las personas de 16 a 29 años es su elevada temporalidad, que alcanzó el 44% en el año 2009, cuando la media nacional, para todas las edades, fue del 25%.

Hay que potenciar las medidas de apoyo a la estabilidad del empleo para contribuir a la eliminación de la temporalidad injustificada: impulsando el contrato de relevo o de sustitución por anticipación de edad de jubilación, estimulando la contratación de jóvenes que hayan partici-

de las cuotas sociales y del salario, tomando como referencia el convenio colectivo de su ámbito.

De otra parte, debemos impulsar el fomento del autoempleo, reforzando los mecanismos de apoyo y las acciones de orientación, formación y asesoramiento. En este mismo sentido, se han de arbitrar incentivos a la permanencia de la población joven en el mundo rural, a través de mecanismos de apoyo a la formación para el desarrollo de ini-

tividad y certidumbre jurídica, atributos éstos que son los que, precisamente, no ofrece el marco legal.

El papel de la negociación sectorial puede ser fundamental para ordenar las formas de contratación laboral, las garantías mínimas de los trabajadores en materia salarial o de jornada, o de los trabajadores implicados en los procesos de descentralización productiva y los procesos de movilidad, o la recualificación de los trabajadores de los sectores.

Al mismo tiempo que se fortalece la capacidad de autorregulación de la autonomía colectiva, debe garantizarse a la negociación de empresa capacidad para gestionar los procesos de crisis empresarial y/o de modernización empresarial y desarrollo productivo, de adaptación frente a las situaciones de innovación productiva y de la organización del trabajo.

La negociación en el marco de la empresa debe favorecer aquellos niveles de adecuación de los factores de productividad (inversión, formación y organización del trabajo) que favorezcan el desarrollo del proyecto empresarial en un marco de relaciones laborales en las que rija el empleo de calidad, con derechos y adecuadamente retribuido.

Reformar la estructura de la negociación colectiva y dar mayor poder contractual a las partes hace indispensable la revisión de la legislación sindical vigente, de manera que la participación sindical añada valor a los procesos de cambio que tienen también que operar en el mundo de la empresa, en la lógica de la interlocución directa con los empresarios, siendo necesario acometer tanto una Ley de Participación Institucional que regule todos estos extremos como una revisión de nuestro modelo representativo. **TEMAS**

Aplicar la medida de distribución del empleo con reducción de jornada haría disminuir el coste para las arcas públicas, al no tener que asumir íntegramente la prestación por desempleo.

pado en políticas activas de empleo de carácter experiencial.

Debemos mejorar los servicios de orientación e información profesional y garantizar su presencia en los centros educativos. Es ineludible actuar en la Formación Profesional Reglada, Ocupacional y Continua para mejorar la cualificación profesional de los jóvenes. Se han de ampliar los programas de formación de Escuelas Taller y Casas de Oficios, adaptándolos a las necesidades de un nuevo modelo productivo y de las nuevas demandas sociales. Se debe abrir el debate sobre la posibilidad de extender la escolarización obligatoria hasta los 18 años con las necesarias garantías.

Hay que reorientar e incrementar la dotación económica de las políticas activas, contemplando bonificaciones y subvenciones en las contrataciones dirigidas a jóvenes, que garanticen empleo estable y de calidad, que permitan compatibilizar de manera simultánea formación y empleo y que deberían adoptar la forma de aportación de un porcentaje

ciativas innovadoras y competitivas, y sostenibles desde un punto de vista ecológico. Para ambos, se deben contemplar medidas que faciliten el acceso a microcréditos.

Hay que abordar una reforma de la negociación colectiva en aras de favorecer la flexibilidad interna frente a la externa. La negociación colectiva en nuestro país presenta dos notas características: la descentralización y atomización de la negociación y la falta de articulación del sistema de negociación, esto es, la tendencia generalizada de las unidades de negociación a actuar como compartimentos estancos.

La adecuada contribución de la negociación colectiva a mantener en situación de equilibrio las variables macroeconómicas (salarios, empleo, inflación) precisa de la inmediata y urgente adaptación de su estructura, que ha de racionalizarse a través de mecanismos de vertebración, es decir, reforzando la representatividad y poder negociador de los agentes implicados, sobre todo en las PYMES, dotándolos de segu-



Roberto Dorado
Patrono de la
Fundación Sistema

Incertidumbre y política

El arte de la política tiene el reto de hacer frente a las crecientes incertidumbres que se manifiestan en el mundo de hoy. Paradójicamente, en la medida en que la humanidad ha ido dominando la Naturaleza originaria haciendo el hábitat más amable, crecen las incertidumbres en el campo de la organización política, económica, social y científico-técnica. El incremento de la población del Planeta, unido al crecimiento de la pobreza y de las desigualdades en un mundo dominado por un sistema económico de capitalismo globalizado y sin reglas, hace del futuro inmediato un lugar incierto para millones de personas, que no encuentran en la política soluciones adecuadas para sus problemas.

La incertidumbre es un elemento permanente en la acción política. Tanto es así que normalmente se habla de la política como de un arte más que de una ciencia, cuando se trata de practicarla y no de analizarla o de teorizarla.

no (incertidumbre externa). Pero la incertidumbre procede también de la propia organización interna, del desarrollo de las tareas que se realizan para asimilar la incertidumbre generada por el entorno". Ese procesamiento que se efectúa en las orga-

desenvuelve en medios (aéreo y acuático) que no son el suyo sin problemas; incluso desde hace algunas décadas se pasea por el espacio.

Podemos afirmar que hemos conseguido reducir claramente las incertidumbres procedentes de nuestro hábitat y de nuestra propia naturaleza, pero, sin embargo, se nos ha complicado y embrollado exponencialmente —sobre todo en las últimas décadas— las incertidumbres internas; es decir, las incertidumbres procedentes de la organización política, económica, social y científico-técnica de nuestro sistema.

La humanidad vive en una situación paradójica; mientras por un lado se siente capaz de lograr dominar la Naturaleza originaria, porque ha conseguido ir desentrañando las leyes que la rigen, por otro se siente incapaz de superar sus contradicciones internas, y siente que se le va de las manos el control de su propio desarrollo y de los avances logrados.

Los políticos serios, aunque no lo manifiesten, deben sentirse sobrepasados por el aumento de la complejidad, de la dimensión y de la

Los aparatos políticos actuales de los partidos tienen una capacidad limitada para detectar, asimilar y resolver los problemas, porque tienen sensores anticuados y procesos de deliberación complicados que retrasan la toma de decisiones urgentes.

En el libro *Análisis de Organizaciones* de Xavier Coller y Roberto García, editado por Siglo XXI y el Centro de Investigaciones Sociológicas, se cita la siguiente definición de Galbraith sobre el tema, que viene pintiparada para el asunto que nos ocupa: "La incertidumbre es la diferencia relativa entre la cantidad de información que se necesita y la que dispone la organización". "De ahí, —continúa la cita— que las organizaciones se vean abocadas a poner en marcha estrategias para procesar la información procedente del entor-

nizaciones políticas democráticas maduras se ha hecho muy lento por mor de las comprobaciones y de las garantías que deben tomarse.

Si miramos hacia atrás se puede afirmar que la humanidad ha ido reduciendo sensiblemente las incertidumbres procedentes de su entorno físico (de la Naturaleza). Ya no consideramos estar al albur de los dioses ante los fenómenos naturales, el fuego ya no es sagrado y empleamos (e incluso dilapidamos) todo tipo de energías. El hombre ha logrado superar sus limitaciones físicas y se

amplificación del ámbito de los problemas, así como por el acoso de la inmediatez de los acontecimientos y de la muy frecuente instantaneidad de sus repercusiones; mientras tanto, el ciudadano de a pie de los países desarrollados no entiende por qué sus representantes no resuelven sus problemas con prontitud, puesto que viven dentro de una civilización poderosa en medios, y los ciudadanos de los países pobres se sienten víctimas desasistidas de un sistema brutal, por no se sabe qué causas.

Hemos llegado a esta situación de descontrol, porque han aumentado considerablemente, al multiplicarse (y al aumentar su dimensión), los actores y los factores a considerar. Las necesidades y las demandas se centuplican y las informaciones se recentuplican (haciendo muy difícil su digestión y análisis), haciendo muy complicado la priorización de las acciones y muy incierto el éxito de las decisiones.

En pocos años, desde el final de la II Guerra Mundial, como consecuencia de la descolonización y luego con motivo de la desmembración de la URSS, hemos pasado de poco más de un par de decenas de países a casi doscientos.

En el proceso de crecimiento y adaptación de la especie humana (a pesar de los desastres naturales, de las hambrunas, de las epidemias, de las guerras y posguerras) hemos alcanzado a ser unos seis mil y pico millones de habitantes y se prevé que en unos treinta años superemos los ocho mil millones.

Este incremento poblacional tan potente y tan rápido agudiza todos los problemas en todos los lugares. Aumenta exponencialmente la demanda de energía (y con ello aumentan los gases de efecto invernadero y el riesgo de cambio climáti-

co), aumenta la demanda de alimentos y de agua potable, crecen desahoradamente las grandes urbes, aumenta la necesidad de espacios habitables y las migraciones son cada vez mayores (pueden llegar a ser masivas dentro de un futuro próximo, a diferencia de lo que fueron en el pasado en el mundo). La cantidad de afectados, al ser cada vez mayor, modifica sustancialmente los problemas. Por ejemplo, desastres natu-

capitales que se lleva a cabo especulativamente por encima y al margen de la supervisión de los Estados, sobre todo a través de los paraísos fiscales. En estas condiciones, el Estado-Nación ha sido superado en muy buena parte, por lo que en gran medida es incapaz de resolver y de prever estas incertidumbres que le crea el sistema económico, como se ha visto con la gravísima crisis financiera que todavía esta-



rales ha habido siempre. Terremotos y maremotos ha habido siempre, pero el *sunami* de Indonesia provocó una cantidad inmensa de muertos y de derrumbamientos porque cada vez hay más gente (además de los turistas) en las costas.

Estos factores generan incertidumbres macrosistémicas que están planeando sobre toda la Tierra. Y a estas incertidumbres hay que añadir las que produce el vigente sistema económico, político y social dominante en el mundo de hoy, el capitalismo sin reglas, sin contrapesos, sin controles. La globalización ha conllevado el libre movimiento de

mos padeciendo, que es la crisis económica más grande (más que la del petróleo de 1973 y la de la burbuja tecnológica posterior) que hemos padecido desde el *crack* de 1929, que está siendo reconducida gracias a la cooperación entre las grandes instituciones financieras internacionales (FMI, BM) y las nacionales (Reserva Federal, Banco Europeo y otros Bancos Nacionales Centrales). En cualquier caso, el abanico de incertidumbres financiero-económicas gravita sobre las cabezas de los gobiernos como una guillotina mientras no haya unas reglas internacionales y un control

sables. Se presentan aquí un tanto en abstracto, pero con la seguridad de que el lector avisado sabrá encontrar ejemplos de cada uno de los casos.

La neurosis experimental que se le puede provocar al llamado "perro de Pavlov" se basa en la incertidumbre. El animal, en efecto, ha sido condicionado a que ante un determinado estímulo, recibirá comida, con lo que se genera la

Estados Unidos después de los atentados del 11-S se va a suprimir. El complejo sistema de colores para indicar la mayor o menor inminencia de un nuevo ataque terrorista no ha servido para reducir la incertidumbre y, más bien, ha dado pie a numerosos chistes en el país. Pero la intención parece que fue otra, como se ha sabido por publicaciones posteriores: el aumentar el nivel de alarma no te-

ca para hacerle sentir seguro. Y hay gobernantes que pueden desechar ambas cosas de su ciudadanía: que no se movilice y que acepte lo que se le proponga. O que se movilice por cuestiones muy, pero que muy secundarias, por lo menos en los términos que un observador desapasionado podría establecer.

Hay un mecanismo que utiliza ambos procesos y es la creación o la utilización de un enemigo externo. Desde Georg Simmel a Lewis A. Coser se sabe que ese enemigo unifica al grupo en torno al líder cosa que, de alguna forma, ya está en el freudiano *Psicología de masas y análisis del Yo*. Hace tiempo que los políticos saben que ese enemigo, cuyos planes son desconocidos pero temibles, unifica al grupo en torno al líder y si es en plan nacionalista (españolista o no, no importa) mejor. Las maquinaciones de ese enemigo (real o ficticio, no importa) se presentan como un factor generador de incertidumbre: ¿qué podrá hacer? ¿Por dónde nos podrá atacar? ¿Tenemos o no tenemos defensa ante él? Al fin y al cabo, esa fue la primera reacción entre los estadounidenses ante el ataque del 11-S: ¿por qué nos odian? Y esa ha sido la política, durante la era del segundo Bush, con su "guerra contra el terrorismo", como antes fue la "guerra contra la droga" y, anteriormente, la "guerra contra el comunismo".

Un periodista estadounidense relató su experiencia profesional y analizaba los medios que utilizan los radiopredicadores en su país. El truco básico que se utiliza, desde su punto de vista, en los programas de éxito consiste en convencer a la audiencia de que son

El recurso al enemigo externo se utiliza en muchas ocasiones para distraer de los problemas reales y asegurar, en momentos de crisis o inestabilidad social, el agrupamiento acrítico alrededor de un líder o de una idea.

reacción de la salivación y, ante un estímulo diferente, a que recibirá una descarga con lo que la huida será la estrategia óptima. Pero, una vez condicionado, se le propone un estímulo ambiguo y el animal no sabe lo que va a seguir y, por tanto, no sabe si salivar ante la comida que se le avecina o huir ante la descarga eléctrica que puede sobrevenirle. Acostumbrado a estímulos "claros y distintos", no puede soportar la indefinición y sucumbe por no saber cómo reaccionar. Si se quiere inmovilizar al perro, nada mejor que generarle incertidumbre sobre los efectos del estímulo que se le presenta. Si en lugar de perro se pone ciudadano, la cosa cambia un poco, pero no tanto. La inseguridad desmoviliza, razón por la que, en general, hay mayores movilizaciones en tiempos de auge económico que en épocas de contracción.

Este es un ejemplo concreto: el sistema de alarmas puesto en práctica por el Gobierno de los

Estados Unidos después de los atentados del 11-S se va a suprimir. El complejo sistema de colores para indicar la mayor o menor inminencia de un nuevo ataque terrorista no ha servido para reducir la incertidumbre y, más bien, ha dado pie a numerosos chistes en el país. Pero la intención parece que fue otra, como se ha sabido por publicaciones posteriores: el aumentar el nivel de alarma no te-

nía mucho que ver con dicha probabilidad sino con intereses políticos de la élite gobernante en torno a la Casa Blanca. La alarma tenía que ver con cuestiones electorales o con maniobras de distracción. Se puede generalizar y, en consecuencia, afirmar que algunas alarmas (como, de nuevo un ejemplo, la gripe H1N1) generarán incertidumbre para, por un lado, fijar la atención en puntos menos problemáticos y, por otro, hacer ver que "los de arriba" se preocupan por "los de abajo".

Reflejos condicionados

Tenemos, pues, dos fenómenos semejantes. Por un lado, la incertidumbre ante lo que pueda suceder que, llevada al extremo de los reflejos condicionados, paraliza al individuo. Por otro, la inseguridad de que algo negativo pueda suceder y que se cree que puede producir conformidad con lo que los supuestos defensores del individuo puedan poner en prácti-

víctimas de un poderoso enemigo y de que el medio mejor para defenderse del mismo es escuchar el programa y, eventualmente, participar en él. El enemigo puede ser un partido, una ideología, una persona: no importa. Lo importante es que el devoto crea que ahí hay un enemigo y que la radio le defiende, porque contraataca al enemigo y porque fortalece al incauto que escucha la emisión. Algunas tertulias radiofónicas españolas encajan perfectamente en este esquema. Otras no encajan tan exactamente, pero el elemento del enemigo insidioso sí que aparece. Algunas incluso tienen varios enemigos a los que vapulean, insultan, ningunean, satirizan y pretenden machacar para defender a la audiencia ante las maldades inesperadas de esos enemigos. Que la existencia (real o ficticia, no importa) de esos enemigos insidiosos se presenta como fuente de incertidumbre, parece claro. Que los radiopredicadores asumen, en ese contexto, el papel de agentes que confieren seguridad y certezas se puede comprobar incluso conversando casualmente con alguno de sus devotos que repetirán las "certezas" recibidas ese día.

La inseguridad también sirve para vender libros. Y aquí sí que doy un ejemplo muy concreto ya que agrupa algunas de las observaciones anteriores. Véase lo que dice un estadounidense que vende un libro (*Guía a la buena vida*) para ser feliz sin mirar a quién: "En resumen, el mundo entero se encuentra en una época precaria. Abundan los peligros, los desastres naturales amenazan, y a veces azotan. Se diría que la estructura mundial parece más inestable que un castillo de naipes.

Pero es demasiado simplista creer que, en estos tiempos, los ciudadanos del mundo buscan evadirse fumando en pica turca. Ante la inestabilidad, la gente reacciona de maneras muy diferentes. Algunos se agarran aún más fervientemente a su fe, otros bajan la cabeza y siguen adelante, creyendo que pueden controlar el mundo si dominan sus carreras, cuerpos y finanzas. Y también están aquéllos a los que su instinto les lleva a salir a la pista de la vida para bailar muy despacio, durante mucho rato". Antes de ello ha satirizado la situación actual diciendo: "La verdad es que vivimos en una era de miedo prefabricado. La televisión asegura que nos amenazan escaleras mecánicas asesinas, amantes alérgicos y cámaras indetectables en la ropa interior. ¡Un hombre se fuma un porro y se tira por la ventana! ¡A una mujer le salen arrugas de tanto reírse, y pierde por ello el trabajo! ¡Una chica pide un postre con

terminado producto y la necesidad que hay de apartarse de él como si fuese del Maligno. La intención puede ser clara: promover el producto alternativo. Puede haber también, como se sabe por la sociología del rumor, una intención inconfesada de ejercer, aunque sea por un momento, un liderazgo de opinión sobre el receptor del mensaje. Y la base es igualmente comprensible: la creciente inseguridad ante los componentes nocivos de los alimentos a la venta convencional.

Tampoco hay tanta novedad en lo que se está diciendo. Los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola generaban inicialmente una inseguridad en el ejercitante al ponerle ante sus pecados y ante su propia muerte. En un contexto a veces incluso tenebroso literalmente, la persona se enfrentaba ante la inseguridad de su propia salvación eterna o su condenación para siempre. Esa inseguridad se superaba presentando la imagen

Existe inseguridad ante el empleo, ante la violencia, ante la delincuencia y ante el futuro en general, pero muchas veces se fomentan esas inseguridades desde los poderes para dirigir a los ciudadanos por sendas predeterminadas.

muchas calorías y su novio la deja por gorda! Bueno, sí, hay un mundo muy traicionero ahí afuera, pero a veces no queda más remedio que arriesgarse". Exagera, pero no anda desencaminado.

La inseguridad también se usa para vender productos. Es relativamente frecuente, en efecto, el "hoax" en internet advirtiendo de los peligros que contiene un de-

luminosa del Jesús, optando entre "las dos banderas", la del Bien y la del Mal. Cada cual podrá decir, en éste como en los demás ejemplos, si se hacía por una buena causa.

En todo caso, habrá que buscar antídotos. *El Éloge de l'incertitude*, publicado por el canadiense Guy Bourgeault hace diez años, puede ser uno de ellos. **TEMAS**



Victoria Camps
Catedrática de Filosofía.
Universidad Autónoma
de Barcelona

La incertidumbre de los medios

Vivimos en una época plural en la que compartimos una serie de valores éticos reconocidos en las Constituciones democráticas. En las sociedades democráticas no se suele discutir el “deber ser”, sino el modo en que se llega para conquistar el ideal. Se discute la realidad, que suele mostrarse alejada, e incluso en muchas ocasiones contraria al fomento de esos valores o derechos universales de los que nos hemos dotado como guías para nuestras conductas sociales, y es ahí donde prenden las incertidumbres ante la elección del mejor camino a seguir.

No son los grandes valores éticos los que provocan incertidumbre, ni siquiera desacuerdo, en una época plural como la que vivimos. Lo que llena de incertidumbre son los medios, el modo de realizarlos. Valores o derechos como las libertades individuales o la igualdad de oportunidades están suficientemente reconocidos en las Constituciones democráticas.

al fomento de los mismos. Que la incertidumbre pueda predicarse de los grandes ideales, mientras el modo de realizarlos se vea acompañado de todo tipo de incertidumbres no es un signo de retroceso, sino de progreso. Significa que, pese a estar convencidos de cuál es el marco que encuadra los mínimos de una vida en común decente y justa, es imprecisa e in-

otra cosa las libertades de los individuos. El valor predominante de la libertad es compatible con la aceptación de una serie de valores universales y, a su vez, con la relativización de la forma de defender tales valores. Como sostiene desde hace años Anthony Giddens, la política más radical siempre ha sido una política emancipadora, en eso no ha habido cambio. El cambio consiste en que hoy nos enfrentamos a la exigencia de emancipación desde la ruptura con las tradiciones y las referencias indiscutibles de otros tiempos. Hoy nos preguntamos cómo debemos vivir en un mundo en el que nada es natural o tradicional, sino que, por el contrario, todo tiene que ser objeto de elección o decisión. No existe un único camino para llegar a la meta propuesta, los caminos son varios, porque casi nunca la protección de un valor puede lograrse sin incurrir en el peligro de menoscabar otros valores tan importantes como el primero. El bosque de las grandes palabras —equidad, libertad, vida, seguridad, convivencia— está poblado

Los fines últimos son siempre ideales abstractos e indeterminados que no prejuzgan la manera de alcanzarlos, por ello tuvieron éxito las ideologías utópicas, porque se propusieron despejar esa duda proponiendo la manera y los medios por los que debía alcanzarse la igualdad o la felicidad.

cas. Igualmente, las sociedades liberales se sustentan en los valores del respeto y la solidaridad, la tolerancia y la convivencia, la civilidad y la paz. Nadie discute que el “deber ser” contiene, dondequiera que esté, ideales como los mencionados, si bien es cierto que el “ser”, la realidad, suele mostrarse alejada de ellos y se orienta en sentidos muchas veces contrarios

determinada la forma y manera en que hay que moverse para no salirse de los límites fijados por el marco. Dicho con brevedad y afán de síntesis: la incertidumbre no afecta tanto a los fines últimos como a los medios para llegar a ellos.

No podría ser de otra forma en una democracia que respeta y protege por encima de cualquier

de árboles sin los cuales el bosque no existiría, pero no todos los árboles crecen en armonía sin invadir un terreno que no les corresponde. En general, es el valor de la libertad el que siempre aparece amenazado cuando se trata de afianzar el resto de valores que sustentan a los derechos humanos: la equidad, la seguridad, el respeto a los demás, la civilidad, la razonabilidad.

Valores universales

Alguien pensará seguramente que me equivoco al plantear tal hipótesis de partida. Pensará que no es cierto que estemos de acuerdo en cuáles deben ser nuestras metas últimas, los valores universales. De hecho, el descalabro económico en el que nos encontramos, o las innumerables corrupciones que perturban la democracia, lo que parecen poner de manifiesto es que no todo el mundo se rige por principios altos y teóricamente impecables. El beneficio personal, el rendimiento económico, el éxito fácil son también valores reconocidos, mucho más atractivos que los anteriores y que, en nombre de la libertad indiscutible, tienden a ocupar la totalidad del espacio axiológico de los individuos o de los grupos, arrinconando en consecuencia a todo aquello que huele a bien común o a sentido de la justicia. Mi punto de vista para refutar tal convicción es que esa primacía de los valores más materiales y menos éticos no viene sino a confirmar que el problema está

en el "cómo" y no en el "qué". Un corrupto, a menos que sea un cícnico integral, no aspira, como única meta, a vivir corruptamente, sino que aquello a lo que aspira, que puede incluso ser muy digno, lo consigue mal, por medios inadecuados e inmorales. En realidad, los fines últimos son siempre ideales abstractos e indeterminados que no prejuzgan la manera de alcanzarlos. Por eso las ideologías utópicas tuvieron éxito, porque se propusieron despejar esa duda, proponiendo de qué manera y por qué medios debía alcanzarse la igualdad o la fe-

hay que preservar y sus consecuencias —para hablar en términos weberianos— lleva a redactar códigos y más códigos de conducta cada vez que se incurre en errores que ponen en entredicho la supuesta aceptación de las normas éticas más fundamentales. Pero los códigos sirven de poco porque no pueden hacer nada más que reproducir una vez más el marco que señala cuáles son los límites más allá de los cuales la conducta merece reprobación y condena. Un marco de sobras conocido y teóricamente aceptado.

También es la indetermina-



C. BARRIC

licidad. Los medios son, en efecto, los que prefiguran y anticipan los fines, poniendo de manifiesto si realmente merecen el nombre que llevan.

Esta es una de las razones que explican el desarrollo de las llamadas "éticas aplicadas". La necesidad de encontrar respuestas a las preguntas en torno a conflictos de valores, o de encontrar un equilibrio entre los principios que

ción de los medios la que ha llevado a subrayar la importancia de la deliberación para un funcionamiento más satisfactorio de la democracia. Si el problema es tener que tomar decisiones y elegir sin el amparo de las referencias tradicionales que distinguían más claramente entre la buena y la mala decisión, el procedimiento deliberativo se hace imprescindible. Como ha explicado muy bien

Diego Gracia, los dilemas que plantea la medicina o la investigación biomédica no son en realidad dilemas, son, sencillamente, problemas. Problemas, es decir, planteamientos que pueden ofrecer distintas salidas, todas ellas válidas si van acompañadas de la argumentación y de las razones suficientes. Nada que ver con los dilemas que obligan a elegir drásticamente entre una postura y su contraria.

La incertidumbre con respecto a los medios otorga un protagonismo máximo a la responsabilidad de la persona. Es el corolario del progreso de la libertad. Quedan muchas zonas oscuras en el razonamiento ético: dos situaciones conflictivas semejantes nunca son idénticas, por lo que la resolución de cada una de ellas puede ser distinta e igualmente aceptable. A más libertad, más necesidad de razonar por qué se elige lo que se elige. De ahí que uno de los principales problemas éticos de nuestro tiempo —quizá el problema que sintetiza a todos los demás— sea el relativo al ejercicio de la libertad. En los Estados de derecho no es tan preocupante el objetivo de conseguir más libertades (es en lo que más se ha progresado), como el de que esas libertades discurren en armonía, no se anulen las unas

a las otras y contribuyan en conjunto al afianzamiento de los valores éticos que hay que mantener. De algún modo, a la libertad hay que verla no como un fin en sí misma, sino como el medio para que otros fines igualmente valiosos se vayan realizando. Pero esa es una afirmación que debe ser pronunciada con mucha cautela, puesto que nadie debe

cuando lo más imprescindible ya está hecho? La pregunta por la calidad debe sustituir a la de la cantidad, esto es, cómo hacer que la educación, la sanidad, la atención a los ancianos, las relaciones laborales funcionen mejor, cuando los servicios más básicos están universalizados. De ahí que la ética de los dilemas se muestre como demasiado simple y deba

dejar paso a otra ética que no ignore las singularidades reales y concretas. Imaginar escenarios abstractos no nos sirve para abordar qué hacer ante la huelga de hambre de Aminetu Haidar. Es una fantasía creer que la respuesta correcta la dará la voz de la imparcialidad, una voz cuya autoridad no le pertenece a nadie en exclusiva. Nos planteamos cuestiones difíciles porque tenemos intereses particulares y valoramos la realidad a partir de nuestras pasiones. No somos seres abstractos que razonan y deciden



C. BARRIOS

arrogarse la autoridad de determinar cuál es el mejor uso que cabe dar a las libertades. Ese fue el error desencadenante de los totalitarismos.

La incertidumbre con respecto a los medios explica, asimismo, la indeterminación que sufren las políticas de izquierdas. ¿Cómo avanzar en políticas más equitativas, sin detrimento de las libertades que se han ido logrando, y

fuera de contexto. Para decirlo con la teoría del "encuadre" (*framing*) popularizada por George Lakoff, en el mundo real no hay opciones teóricas frente a situaciones imaginarias, sino que el arte de narrar la situación —el "encuadre"— es ya en sí mismo una tarea moral. Una tarea moral plagada de incertidumbres sobre si la narración es la más ajustada a los hechos. **TEMAS**



Antonio Alaminos
Catedrático de Sociología.
Universidad de Alicante

La incertidumbre en la España cotidiana

Las incertidumbres forman parte de la vida cotidiana de las personas. En los grupos sociales se desarrollan estructuras estables para intentar paliar las incertidumbres de salud, sustento, alojamiento y otras necesidades básicas. En la medida en que esas estructuras sean más sólidas, se generarán mayores cotas de confianza en el futuro. Los Estados de Bienestar se han caracterizado precisamente por ser los modelos de convivencia donde mejor se han gestionado las incertidumbres, tanto las personales como las colectivas. Abundar en su fortalecimiento es clave para conjurar los riesgos económicos, políticos y sociales que existen en la actualidad.



La incertidumbre es una de las pocas certezas que tiene el ser humano. Tanto para bien, como para mal. La expectativa de lo inesperado es el motor que alimenta los juegos de azar o de seducción. Pero también el olvido de

un futuro formado por las enfermedades, los accidentes, el amor y el desamor, el desempleo, etc. Todas son realidades que forman parte del día a día. Y sin embargo, a pesar de lo sobrecogedora que es la fragilidad de los proyec-

tos vitales, rellenamos la agenda para mañana, para el mes que viene o a dos años vista. Ciertamente para ello no es preciso ser de naturaleza optimista. La gestión de la incertidumbre es un trabajo que se efectúa desde la sociedad.

Constituye, de hecho, uno de los elementos estructurales que debe resolver cualquier grupo humano para poder desarrollar de forma estable un proyecto común. Por ello la tarea de decapar las mezclas culturales, religiosas e ideológicas que históricamente se acumulan para producir las veladuras de la incertidumbre es una de las labores de la sociología. La convivencia, la sociedad misma, solamente es factible si consigue velar la presencia de la incertidumbre en primer lugar y, dentro de los límites de lo posible, paliar sus efectos.

En España, y de acuerdo con la estimación de la Encuesta Nacional sobre Empleo del Tiempo en el año 2002 (INE), en torno a un 15% de individuos se enfrentaba cada día a lo excepcional. Es decir, la ruptura de las rutinas cotidianas y la irrupción de lo imprevisto. Independientemente del día de la semana o el lugar donde se vive. En términos agregados, las anomalías de la vida cotidiana forman parte de la regularidad. El porcentaje de excepcionalidad era equivalente para todos los días de la semana, hombres y mujeres, ocupación o renta. En esos días del trabajo de campo del año 2002, para el 85% de los españoles la jornada transcurrió según lo esperado. Seis años más tarde, los datos de la encuesta internacional Pew (2008) estimaba que un 76% de los españoles habían vivido un día típico; en otras palabras, si un 15% de los españoles vivía un día atípico en 2002, seis años más tarde este porcentaje era de un 24%. Un nueve por ciento más de españoles encontraba su vida interrumpida por lo inesperado. La comparación de los dos datos

sugiere que la normalidad en la vida cotidiana, apreciada en términos agregados, experimenta modificaciones significativas, muy posiblemente vinculadas a varias dinámicas sociales y económicas. De hecho, la ocupación es uno de los elementos generadores de rutinas más importantes. Su desestructuración introduce directamente la arritmia en la vida social. Posiblemente las crisis económicas y las campañas de miedo alcancen a nivel micro tanta importancia para producir rupturas de la confianza como el amor o la muerte.

La gestión de la incertidumbre puede enfrentarse desde el ámbito ideológico o irracional; ideológicamente todo consiste, mientras se pueda, en negar lo evidente: la incertidumbre como resultante de las interacciones entre las acciones humanas y la naturaleza. Por ejemplo, enfatizando la dimensión religiosa, empleando conceptos como el de Divina Providencia. La intervención divina en el día a día garantizando algún sentido a lo cotidiano, común en la mayoría de las religiones. En la sociedad española la religión como referente se encuentra en claro declive. Todos los datos, de diferentes fuentes, concluyen que la religión católica ejerce un papel cada vez más simbólico. Una marca identitaria con el mismo funcionamiento social que la identidad europea: diferenciar de lo no católico/europeo más que producir integración. La religión es un referente con escasa influencia sobre cómo los españoles viven su vida hoy en día. Su insistencia en no solamente negar sino también en prohibir la realidad debilita su capacidad de re-

ducir incertidumbre. Es ya incapaz del control sobre lo socialmente deseable que le permitía ofertar cláusulas de garantía en los intercambios sociales. Por ejemplo, el matrimonio religioso que ofrecía simbólicamente la indisolubilidad ya no garantiza nada. Para la mayoría de los españoles las respuestas estereotipadas de la religión católica a las incertidumbres diarias incrementa la ansiedad más que paliarla.

Organización social

Otra de las alternativas para velar por la presencia de la incertidumbre es la organización social. Desde el punto de vista del Estado, es factible la reducción de algunas incertidumbres estableciendo sistemas de garantías. De este modo, los Estados protegen a sus ciudadanos de las posibles inclemencias del tiempo futuro. Salud, sustento, alojamiento y otras necesidades básicas son cubiertas por esa forma de organización social que se denomina Estado de Bienestar. La sociedad española, al igual que el resto de sociedades mediterráneas, padece de un Estado de Bienestar débil. Como se ha demostrado reiteradamente, la pobreza y exclusión social adquiere con facilidad naturaleza crónica. Tanto en el sentido de prolongarse en el tiempo como de transmitirse entre generaciones.

Al mismo tiempo, los procedimientos culturales y sociales establecidos históricamente para atender las incertidumbres se han debilitado. La familia como unidad de apoyo mutuo, atendiendo en la enfermedad o en la vejez, experimenta el mismo proceso que la religión. Existe

más como referente de identidad que como grupo primario. Un Estado de Bienestar débil, sin el refuerzo de esa economía informal que representa la familia, es incapaz de reducir eficazmente incertidumbres. Un ejemplo: en los hospitales la ausencia de acompañantes de los enfermos revela déficits de atención, generando ansiedad en los enfermos y en el personal sanitario.

Riesgo e incertidumbre no son términos intercambiables. Una de las diferencias entre incertidumbre y riesgo es que la primera causa ansiedad, mientras que el riesgo produce miedo. La elevación de la visibilidad de la incertidumbre produce una sociedad con grados de ansiedad cada vez más elevados. Es bien conocido que la ansiedad está claramente conectada con la agresividad. Precisamente uno de los síntomas más visibles de la sociedad actual. Es fácil apreciar el incremento en la agresividad social que ha experimentado la sociedad española en los últimos años. Es una apreciación subjetiva que experimenta cualquier ciudadano en su vida cotidiana. Una violencia emocional que repercute en lo formal. Entre las consecuencias de los incrementos de la incertidumbre, el nivel de ansiedad y la agresividad social se encuentra la judicialización de la vida política, social o económica. El auge de las empresas de asesoría jurídica o el incremento de las demandas son unos indicadores muy claros. En definitiva, la búsqueda de un refugio que codifique las relaciones sociales, una vez que las normas, los usos sociales o las tradiciones se han relajado hasta prácticamente desaparecer.

Las viejas ideas donde un apretón de manos equivale a un contrato o mi palabra es un compromiso: ya sólo pueden producir una sonrisa, dado el deterioro de la confianza interpersonal. La desconfianza no constituye precisamente un elemento que optimice las relaciones sociales. En el caso de España, los datos son consistentes al mostrar una sociedad desconfiada. En el año 2007 un 54% de los españoles afirma que desconfía de la gente (un 50% en 1991) según las encuestas de la Fundación Pew. La idea más establecida es que la gente no es de fiar y que intentarán aprovecharse de los demás si se les deja. Ciertamente, vivimos en una sociedad donde la desconfianza hacia los demás alcanza la suficiente intensidad para condicionar las relaciones sociales en el día a día. Tal y como confirma la Encuesta Europea de Valores, la confianza interpersonal está bajo mínimos. Esa expectativa de ser engañado deteriora la calidad de la vida social.

Los sistemas de garantías establecidos en el modelo de Estado del Bienestar contribuyen a que se reduzcan las incertidumbres, ayudando a propiciar sociedades menos estresadas y por tanto menos violentas.

En conjunto, para la sociedad española, la incertidumbre generada por la debilidad de la confianza interpersonal ejerce una doble dinámica. Una primera, de naturaleza centrípeta, que colapsa la sociedad hacia los grupos primarios (familia y amigos, cuando están disponibles) y una segunda dinámica, centrífuga, (cuando no lo están) hacia el individualismo y la anomia. Estas

dos grandes tendencias sociales introducen una elevada fragilidad en la malla de relaciones sociales. Y como decíamos, en una sociedad con un Estado del Bienestar reducido en la que se han roto algunos espejismos recientes.

En España, la clase media como posición social no posee la solidez que se pensaba. La sociedad española ha disfrutado de un sistema "fordista" tardío, donde su incorporación masiva al consumo aparecía ligado a una imagen de ascenso en la posición social. Sin embargo, la clase media en España no es una clase económicamente capitalizada. El principal activo de las familias de clase media españolas son en general sus viviendas (principal y segunda residencia); mayoritariamente hipotecadas como destaca la encuesta financiera del Banco de España. Las teorías hablaban de la desaparición de las clases sociales articuladas sobre la producción y la fragmentación social que se producía en los estilos de

vida, justificados en el ámbito del consumo. Es evidente que la desaparición de las clases sociales era parte del espejismo y cada vez es más difícil ocultar en España la fragilidad de las posiciones sociales. El capital, como han recordado muchos españoles súbitamente enfrentados a la realidad, continúa siendo la diferencia. También para paliar las incertidumbres. **TEMAS**